

Relatos ganadores del I Concurso de Microrrelatos de la Biblioteca Pública de Guadalajara organizado por su Taller de Escritura Creativa. Fotografías del acto de entrega de premios el 28 de mayo de 2018. Con el patrocinio de la Asociación de Amigos de la Biblioteca.

Primer premio

**ANI STANISLOVA STANCHEVA**

*El palacio de las letras*

Hoy encontré tu libro preferido. Aquel que tanto leíste y releíste. Solo con verlo ya sé que es tuyo: las páginas dobladas, las frases subrayadas que te gustaba susurrarme al oído... Y miento si digo que no pasé horas y horas pasando las páginas tratando de sentir tus yemas en las mías, sentada en nuestro sitio favorito, nuestra biblioteca, nuestro palacio de las letras. Y miro a mi alrededor y empiezo a sacar libros: leías *Crónica de una muerte anunciada* en nuestro primer viaje, me consolabas con Bécquer en el hospital y no dudamos ni un instante en que *Otra vuelta de tuerca* era el libro perfecto que leer a la luz de las velas en aquella tormenta. Éramos todo libros, sin duda. Y hasta que no dejaste de decirlo nunca supe apreciar ese “Qué libro más bonito llevas hoy” que me decías todas las mañanas, porque sabías que a mí me daban igual los vestidos, incluso antes que yo, como lo sabes todo. Sabías también que todo dependía de las palabras, ya fueran oídas, dichas, leídas... pero sobre todo traducidas. A mí me gustaba traducir lo que involuntariamente me decía tu cuerpo cuando te mordías el labio, te toqueteabas el pelo, te quitabas las gafas de un modo distinto o simplemente tu pecho se aceleraba bajo mi oído.

Sabes también que nunca he creído en ángeles, así que espero que estés donde estés te hayas convertido en palabras.



## Segundo Premio

## LAURA FERNÁNDEZ ROCHE

*El palacio de las letras*

Su sola presencia provocaba apnea. Mareos, temblores, desequilibrio y descontrol de esfínteres eran comunes entre sus vasallos cuando estaba cerca. Su ceño fruncido le había dado el trono. Primero por original, más tarde por el temor al cambio que inoculó en el reino, palpable incluso en la voz de aquella minúscula, encargada de presentar a quien todo el mundo conocía.

El Rey Eñe, de la casa Alfábeton, el primero de su nombre, padre de la virgulilla y señor del abecedario. El que no sonríe, protector de la ortografía, domador de extranjerismos y rompedor de tendencias.

¿Cómo te declaras?—espetó sujetándose la sinuosa corona—.

Inocente —respondió aquel engendro al que algunos llamaban ya “la impostora”—

¿Inocente? No me hagas reír. ¡Te hemos visto en las llanuras de las Aes tratando de esconderte bajo ese absurdo disfraz —dijo mientras estudiaba de soslayo todas las reacciones—

No es un disfraz, solo soy yo. Pensé que era una de ellas, pero solo soy yo...

¿Y quién eres tú?

Soy Arroba, de la casa Conectada, primera de mi especie, liberadora de caspa e influencer 2.0.

Eñe la miró, se deleitó con sus formas y ese acento robotizado que le confería cierto exotismo y recordó cuando él mismo fue repudiado por el clan de las Enes solo por ser diferente.

Se levantó, dio tres grandes zancadas hacia la pequeña Arroba y alzándola en volandas gritó...

¡Por fin algo de diversión!



Tercer premio

**ALMUDENA ANÉS**

*El palacio de las letras*

Dicen que lo peor de una guerra es el año en el que empieza. Yo pienso que es cuando acaba. Entonces ya no hay esperanza, se conocen las consecuencias y se ha perdido la vida aunque se siga respirando. Respiramos, respiramos el mismo aire tanto los que se fueron como los que nos quedamos. Miro hacia atrás y todo parece sencillo con la retrospectiva del pasado pero la corporeidad del ahora me devuelve al presente. Las palabras parecen las mismas y los papeles, estarán más amarillos por el paso del tiempo y la humedad, pero siguen siendo papel. Papel para escribir palabras. Palabras que ya no dicen nada.

Está el vacío enfrente, en las calles desiertas, en los folios escritos con sangre por causas perdidas que no sirvieron lo suficiente. Y estoy yo, en mi casa de Madrid, la única que debe seguir en pie después de 1939, delante de una máquina de escribir viendo cómo todos mis compañeros enfilan camino hacia los Pirineos mientras escribo, desde aquí, la historia que vivirá en las crónicas del mañana. La historia que leerán y aprenderán los hijos de los amigos que no se quedaron, de los exiliados. Pero poseo este reino en mitad de las ruinas, este palacio con techo de cristal que pende sobre mi cabeza, escribiendo las palabras del Caudillo para su discurso matinal. Palabras tristes y sucias que ya no dicen nada.

